

FUTURO INCIERTO

INTEGRADOS

Corrimos sin saber hacia dónde íbamos, lo único que sabíamos es que debíamos huir.

A nuestras espaldas dejábamos nuestro barrio, y en él los parques donde tantas tardes habíamos pasado con los amigos a base de risas y anécdotas, la escuela a la que fuimos en la primaria, en la que aprendimos lo básico para no ser analfabetos y las casas de amigos, conocidos y familiares que con cada pisada que dábamos al huir parecían ir cayéndose una a una.

Jamás el tiempo se me había hecho tan largo como esa tarde. En ningún momento respetaron lo más sagrado para una persona como son los derechos humanos.

Mohamed no me soltó la mano cuando, junto a miles de personas, dejábamos atrás nuestra vida y nuestra tierra por culpa de una maldita guerra civil de la que yo, como muchos otros adolescentes, no teníamos culpa, pero sí estaríamos marcados de por vida.

En esta guerra había perdido todo lo que tenía, mi familia. Gracias a Mohamed yo pude huir de mi país y sobrevivir, aunque esto no nos fue fácil.

Junto con 16 personas más teníamos que llegar a Marruecos y puede parecer que Mali y Marruecos están cerca pero no es para nada así y menos cuando tienes que andar por kilómetros y kilómetros de desiertos.

Nos quedaba poco cuando cinco personas de nuestro grupo desaparecieron en mitad de una tormenta de arena. Después de esto Mohamed estuvo distante durante toda la travesía, pero la cosa cambió cuando conseguimos llegar a la frontera de Argelia con Marruecos. Una pizca de esperanza se podía ver en su rostro, aquel rostro que tanto había cambiado durante el mes que llevábamos de huida. El tiempo se había echado encima de él, tenía largas barbas, arrugas que no eran normal en un hombre de tan solo 20 años y el cuerpo encorvado que dejaba ver que no podría aguantar mucho tiempo más con esta vida. Siempre había mostrado ser un hombre duro y fuerte, pero el peso de este mes hacía que pareciese el doble o triple de su edad.

Al llegar a Marruecos, en la parte del estrecho juntamos el dinero que entre todos habíamos recolectado y guardado y lo usamos para comprar una patera a las mafias locales en la que con buena suerte cabríamos todos. Aquella patera era más una caja fúnebre que un barco, las maderas raídas nos hacían temer que en nuestra navegación ocurriera lo peor... El día antes de partir compramos las cosas básicas que nos serían necesarias y por la noche Mohamed y yo fantaseábamos con nuestro futuro, la gran casa que tendríamos, la escuela a la que irían nuestros futuros hijos y las grandes comilonas que nos daríamos cuando él llegase del bonito trabajo en el que lo contratarían.

Con la puesta de sol ya estábamos todos montados en la barca, evitando así que la luz del día nos delatara. Las únicas tres mujeres, entre ellas yo, íbamos en la proa del barco mientras que los hombres se repartían por el resto de la barca, por suerte o por desgracia no venía ningún infante junto a nosotros, yo era la única menor de edad.

El humoroso motor amenazaba con dejarnos tirados en cualquier momento en medio de aquel frío y turbulento estrecho. Entre mis compatriotas podía ver reflejado el temor y angustia que se apoderaba de sus cuerpos. El agua nos salpicaba y alguna que otra ola nos dejaba al azar del destino.

Conseguimos pisar tierra firme después de muchas horas de viaje. Al llegar a aquella cálida playa, los hombres blancos decidirían mi futuro, el poder empezar una nueva existencia junto al hombre de mi vida en un país llamado España, o el volver a mi país en el que no me quedaba nada.

PAULA LIROLA ASENCIO